

SAN CIPRIANO, OBISPO DE CARTAGO Y MÁRTIR

Pocas personas podrían ayudarnos más que el erudito y ejemplar sacerdote abulense, D. Baldomero Jiménez Duque (+2007), a comprender el talante espiritual de Cipriano de Cartago, situándolo en el contexto del cristianismo del Norte de África y su relación con la Iglesia de Roma, en plena época de persecuciones. Cipriano tuvo que hacer frente a problemas pastorales de gran importancia para mantener la integridad de la fe y su confesión: ¿qué hacer con los cristianos que habían cedido a la presión de rendir culto a los dioses de imperio romano, para librarse de graves castigos?; y ya dentro de la propia iglesia africana, predominaba la práctica de bautizar de nuevo a quienes habían recibido el bautismo de manos de un ministro hereje. Al mismo tiempo Jiménez Duque sabe destacar la importancia de los escritos y, sobre todo, del modo de actuar de San Cipriano para hacer valer la personalidad de las iglesias particulares dentro de la iglesia única, que preside el Obispo de Roma.

San Cipriano es una figura del santoral cristiano difícil de calificar: su martirio de sangre y la tradición secular de la Iglesia proclaman su santidad indiscutible, pero en su vida pastoral surgen problemas que se prestan a interpretaciones discutibles y que limitan su poderosa y egregia personalidad. No olvidemos por otra parte situar a los hombres en sus circunstancias temporales e históricas: Cipriano vive en la primera mitad del s. III; y la precisión dogmática de muchas verdades del credo no empieza a conseguirse hasta el s. IV en adelante; asimismo, gran parte de lo referente a la praxis eclesial era, es, y será siempre variable.

Cartago, la ciudad romana más importante de África después de Alejandría, y una de las principales de todo el Imperio, eclesiásticamente se constituye en la metrópoli de todas esas tierras, centro del cristianismo norte africano fuera de Egipto.

Cecilio Cipriano (THASCIO, *Carta* 66) nació seguramente en la misma Cartago a principios del s. III. Allí tenía su casa y jardines, que conservó hasta su muerte. Pertenecía a una familia pagana rica e influyente. Estudió retórica y ejerció su magisterio, al igual que derecho, siendo también abogado. Su paisano Tertuliano, al que no conoció (+220), ejerció sobre él un notable influjo por sus escritos, tan difíciles como penetrantes, que manejó abundantemente.

Su juventud, dadas sus riquezas, su valía profesional y el ambiente de su mundo, fue moralmente desgarrada. Antes del bautismo hizo voto de continencia y distribuyó a los pobres la mayor parte de sus bienes. El bautismo tuvo que ser hacia el año 245. En el 248 recibió el presbiterado, a pesar de ser neófito. Y al año siguiente, al morir el obispo Donato, fue proclamado obispo, tal era su prestigio ante la comunidad cristiana de Cartago, sin que faltase la protesta de cinco presbíteros, que le fueron adversos.

Cipriano iba a poder ejercer su ministerio episcopal sólo unos nueve años, y gran parte de los mismos a escondidas, pues las persecuciones contra el cristianismo se echaron encima enseguida. Pero esos años fue tiempo suficiente para que diese muestras de ese equilibrio difícil de conjugar, «blandura con firmeza, condescendencia con rigor». Fue hombre de contrastes: pacífico en sus sinceros deseos, pero enérgico y tenaz a la vez.

En el 249 es proclamado emperador Decio, que decreta enseguida la persecución contra los cristianos. Una de las primeras víctimas fue el papa Fabián. Cipriano optó por esconderse y reservarse. No sabemos dónde ni cómo, pero le pareció mejor para su Iglesia hacerlo así, a fin de no excitar más el furor de los magistrados romanos contra sus fieles.

Leyendo las cartas de la 5 a la 20 nos damos cuenta de su preocupación y cuidado durante el tiempo de su voluntario destierro: está atento hasta de las ayudas materiales de unos y otros, enviando las monedas que puede de lo que aún le quedaba, para remediar las necesidades. Su admiración por los mártires y confesores queda claramente patente en ellas.

La persecución produjo una espléndida corona de mártires, pero las apostasías fueron a la vez numerosas, aún entre el clero. Y surgió el problema de los *lapsi*:

muchos apóstatas que habían sacrificado o quemado incienso ante el altar idolátrico, quisieron luego reconciliarse con la Iglesia, también otros muchos que, sin hacer aquello, habían conseguido un libelo de los magistrados romanos como si lo hubieran hecho y quedar así libres. ¿Cómo proceder con ellos? Para mayor complicación los confesores (aquellos que no habían muerto, pero sí sufrido cárceles y vejaciones, a veces horribles) empezaron a dar a los lapsi «billetes de paz», recomendaciones para que los obispos perdonasen o al menos abreviasen la penitencia de los caídos. La confusión fue enorme por todas partes.

Cipriano, ya desde su retiro, dio normas para frenar los abusos (se llegaban a dar billetes firmados por mártires difuntos), dejando para después de la paz la toma de decisiones más definitivas. Su línea de conducta fue de enorme equilibrio y discreción. Cipriano estuvo de acuerdo en la solución de este vidrioso asunto con el papa Cornelio (251-253), a pesar de las injerencias que se dieron en torno al mismo (cf *Cartas* 44-52, 57, 59-60). Pero tanto en Roma como en Cartago dio lugar a sendos cismas.

Los años en que la Iglesia de Cartago disfrutó de paz, Cipriano pudo dedicarse con denuedo a hacer el bien a sus fieles. Reunió concilios casi todos los años, ayudó a sus hermanos obispos respondiendo a sus consultas, hizo colectas para los pobres, etc.



La cuestión de rebautizar o no a los que habían recibido el bautismo de manos de un ministro hereje dividía a las Iglesias en el s. III. No se trataba de una práctica disciplinar sin más, sino de una praxis que tenía raíces dogmáticas: porque el que bautiza es Cristo y, por ende, la validez del sacramento no depende del estado de gracia del ministro -instrumento- que interviene. Roma y otras muchas Iglesias no rebautizaban, pero la Iglesia africana, desde Tertuliano, sí lo hacía. Un concilio en tiempos de Agripino, un predecesor de Cipriano, así lo decidió. Y Cipriano hizo suya con su energía acostumbrada la tradición africana. La Iglesia africana perseveró en esa práctica hasta el concilio de Aries del 314, y Nicea la eliminó en el año 325 (canon 19) para toda la Iglesia universal. Las relaciones entre Roma y Cartago quedaron muy tensas, a pesar de que Cipriano afirmase que «nosotros no queremos prescribir nada a nadie ni prejuzgar que cada obispo haga lo que crea conveniente, teniendo libertad de decidir» (*Carta 73*). La tensión se rompió con la muerte de Esteban en el destierro en el año 257. Con Sixto II -«obispo bueno y pacífico», de cuya muerte trágica con cuatro de sus diáconos nos habla Cipriano en su Carta 80- las relaciones debieron ser más distendidas. Pocos días después moría también mártir san Lorenzo. Estamos en el año 258, había estallado la persecución de Valeriano.

¿Qué pensaba Cipriano de la Iglesia y, por lo tanto, del papel del obispo de Roma en la misma? Si ha habido un escritor eclesiástico que haya propugnado la unidad de la Iglesia este es Cipriano: su obra *De catholicae Ecclesiae unitate* (251) y sus cartas lo proclaman. Piensa que es posible una unidad eclesial sobre una constitución orgánica de la misma; para él todos los obispos son iguales y sólo han de dar cuentas a Dios de sus actos; es posible, sin embargo, una unidad en la fe de todo el colegio episcopal, cuya unidad han de procurar todos, principalmente el obispo de Roma, cuya primacía como sucesor de Pedro reconoce, pero que de hecho queda reducida a una primacía espiritual y moral y hasta doctrinal, no de estricta jurisdicción: «Debemos mantener y defender con toda energía esta unidad, mayormente los obispos, que estamos al frente de la Iglesia, a fin de probar que el mismo episcopado es uno e indivisible» (*De cath. Eccl. unit.* 5).



La práctica y las maneras de ejercer el primado de Pedro no estaban precisadas ni se habían sacado muchas de sus consecuencias, y buena muestra de ello son algunas de las afirmaciones de Cipriano, que coincide en esto con multitud de otros obispos: «La prueba de la fe es fácil por ser compendiosa la verdad. El Señor habla a Pedro de esta manera (cf Mt 16,18-19). Y después de resucitado le dijo otra vez: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21,16). Edifica su Iglesia sobre uno sólo, y le encomienda que apaciente sus ovejas. Y después de su resurrección confiere el mismo poder a todos los apóstoles con estas palabras (cf Jn 20,21-23). Cipriano no es un teólogo profundo ni un intelectual a lo san Agustín de Hipona. Es un hombre inteligente, hábil retórico, hombre de gobierno, literariamente un tanto barroco; pero tuvo, con acierto o sin él, la pasión por la Iglesia: «No puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre» (ib 6).

El martirio. Valeriano (253-260) comenzó su mandato dejando en paz a los cristianos. Pero en el año 257 la tolerancia se cambió en persecución: el miedo a la fuerza ya del cristianismo (quizá también por apoderarse de sus bienes) le movieron a ello. Cipriano era un personaje conocido no sólo en la Iglesia africana, sino en toda la Iglesia, nombre que él fue el primero en usar, que sepamos. El 30 de agosto del 257 fue detenido por orden del procónsul Aspasio Paterno. Después del interrogatorio, donde se mantuvo firme en la fe, fue decapitado en un bosquecillo próximo ante una inmensa multitud. Era el 14 de septiembre del 258. Su cuerpo fue depositado aquella noche en el sepulcro de un cristiano. Sus restos, después de tantas invasiones y guerras, se han perdido. Su fiesta se celebra el 16 de septiembre.

Sus *Cartas* son de un extraordinario valor histórico y humano. Él mismo, como buen organizador y administrador, debió archivar copia de las mismas. Escribió también varios tratados, entre los que destacan: *Los ídolos no son dioses*, *Testimonios* (tres libros de textos sobre la Escritura), *A Donato* (autobiografía hasta su conversión), *Sobre el porte exterior de las vírgenes* (el primer libro sobre el tema en la literatura cristiana), *De la unidad de la Iglesia* (el más conocido e influyente). *Del Padrenuestro* (bello tratadito sobre la oración en el que se asoman los íntimos sentires de su alma).